

SEMBLANZA DE UNA AMISTAD

Josefina MAUS

Jorge Carpizo fue mi mejor amigo. Una amistad que cultivamos durante veinte años; una amistad que se gestó en constante aumento, y que nos transformó en algún momento, yo en parte de su familia, y él de la mía.

Lo más cercano que me sentí a él y a la academia fue en las ocasiones en que presidía alguna mesa redonda, ocasiones en que recibía algún premio, en alguna intervención donde permitían la presencia de público, y la posibilidad de invitarme. Lo hacía, y siempre estuve ahí, orgullosa de asistir.

Para Jorge, los viajes eran una vivencia, una experiencia cultural y emocional. En una ocasión me dijo que el viaje crea “una intimidad que surge al estar con alguien en un lugar desconocido. En casa se interpone el ritmo normal de nuestras vidas”. En los múltiples viajes que hicimos por todo el mundo, siempre buscó las universidades, la corte, el parlamento, y disfrutaba él tomarse fotos al frente de ellos. Coleccionó cerca de cien álbumes de fotografías, desde que salió la primera vez de México hasta el último viaje, todos ellos, obviamente, perfectamente organizados y numerados. Los domingos se ponía su “poncho” de los “Pumas” y se quedaba en casa. Uno de sus placeres, y algo que frecuentemente hacía, era recorrer algún álbum de fotos, ver una buena película, alguna de las varias que el maestro Fix-Zamudio le proporcionaba.

Cada año, orgulloso, me daba una copia del escrito donde plasmaba sus actividades académicas, o las publicaciones que había dirigido durante ese ciclo.

En los viajes, constantemente escribía y me pedía, cuando íbamos en un transporte, que le avisara cuando viera yo algo interesante para dejar de escribir y compartir lo visto. Corregía constantemente lo que escribía, en un principio el borrador a mano, luego varias correcciones, cuando su secretaria lo descifraba y lo escribía a máquina nuevamente, algunas correcciones; gustaba de la perfección.

Cuatro días antes de morir, todavía estuvimos varias horas juntos planeando un viaje. Jorge estudiaba hasta el último detalle de la

aventura. Estudiaba el itinerario, anteriormente decidido por él, siempre yendo a reconocer, si ya lo había conocido, o a descubrir, si no; absolutamente todo. Planeaba recorridos a pie, pues decía que si no se caminaba un pueblo o ciudad no se llegaba realmente a conocer. Memorizaba hasta los más insignificantes lugares, y el recorrido lo hacíamos como si ya hubiera vivido el lugar, como si ya recordara el camino previamente memorizado.

Un ejercicio de su memoria, que disfrutaba hacer, era que se mencionara cualquier país del mundo. Entonces hacía un recorrido mental, y podía hasta decir cómo estaba distribuida una iglesia, un museo. ¡Impresionante!

En su libro *El expediente Posadas a través de la lupa jurídica* de 2004, me recordó en la dedicatoria: “A Fina finísima por ser como es”. ¡Que regalo de navidad!

No hay modo de olvidar...